

El que llamaba era Juan de Azcárate, el Navarro.

VI.

—Fray Miguel de los Santos, dijo, me envía, y dice que está aguardando á vuesa merced; que él no viene por no dar á murmurar nada á estas gentes que son muy maliciosas, y que Dios sabe lo que podían pensar.

Gabriel de Espinosa bajó la cabeza, se quedó un momento pensativo, cerró la puerta, y dió las dos llaves al Navarro.

—Cuida, le dijo, mientras yo esté fuera, de la señora; y como puede ser que yo tarde, no te muevas de aquí ni bajes abajo, ni te dejes ver, no sea que como está reciente aun el lance de esta mañana, y muchos te habrán conocido y te guardarán enemistad, sobrevenga otro lance, y sea peor que el primero; por eso he enviado á Cobos y á Carbalho á Blanco-Nuño, y te hubiera enviado también á tí, á no ser porque es necesario que alguien sirva á la señora mientras yo no esté en casa. Con que atención y cuidado, y adios.

Y Gabriel bajó las escaleras, y al pié de ellas se encontró con Gil Lopez, que le creía de buena fé Gabriel de Espinosa su pariente.

—Mal dia tenemos hoy á pesar de que es fiesta, dijo Gil Lopez; con lo que hubo esta mañana, y con lo bravo que anda por esas calles don Rodrigo prendiendo gente, nadie se atreve á salir á la calle; no entra un alma en la

pastelería, y me parece que nos quedamos con los pasteles en el cuerpo.

—Los que no se vendan hoy, dijo Gabriel, se venderán mañana, y si no se vendiesen, tanto dá; que la pérdida no puede ser mucha, y si lo fuese, tendremos paciencia.

—No estamos para pérdidas, hijo, dijo Gil Lopez, que los tiempos andan malos, y con pocos dias que sigamos perdiendo, será preciso cerrar la pastelería, y que tú te vayas otra vez á la guerra, y yo me meta á peon de campo.

—Ya se verá lo que hay que hacer en esto, dijo Gabriel; ahí traigo unos dinerillos con que se puede entretener la costa aunque se pierda algunos dias, y cuando esos dias pasen, podrá ser muy bien que vengan más dineros, con lo cual los pasteles serán más que oficio, entretenimiento y disculpa, para que nadie se meta á averiguar de donde nos viene la plata que gastemos.

—¿Esos dineros te los enviará, sin duda, dijo Gil Lopez, la madre de la niña?

—La madre de la niña es tan rica y tan gran señora, que no nos faltará oro aunque no sea más que por que su hija se crie como una princesa.

—¿Y por qué no te has quedado tú allá con esa señora, ó por qué esa señora no se ha venido contigo?

—Ni yo podia estarme, ni ella venirse: estaba yo en Nápoles muy amenazado, y ella muy temerosa de perderme, y fué necesario darle gusto y venirme; y si ella no se vino, que bien quisiera, porque mucho me

ama, fué porque la aseguran allí grandes obligaciones.

—¿Será esa señora parienta del virey? dijo Gil Lopez que creia todo el embolismo de Gabriel de Espinosa.

—Calla, maldiciente, dijo Gabriel poniendo una mano en la boca de Gil Lopez; ¿de dónde sacas tú que la madre de la niña sea parienta ó cosa del virey de Nápoles.

—Fúndome, dijo Gil Lopez, en que el ama de la niña, á pesar de sus humildes vestidos, parece muy dama y muy noble.

—Bien, ¿y qué? dijo con algun cuidado Gabriel de Espinosa, aunque sin darle á conocer á Gil Lopez.

—El ama habla muy bien el castellano.

—Como que es española.

—Pues bien; una señora española y principal, no puede ser ama de cria de una criatura, como esa criatura no sea hija de una reina ó cosa semejante.

—Puede ser que la madre de Gabriela sea nieta de reyes, dijo misteriosamente Gabriel.

Abrió desmesuradamente los ojos Gil Lopez.

—Pues entonces, dijo, lo que te debe sobrar es dinero.

—Así iremos; por lo mismo, importa poco que se vendan pasteles ó no; sigue tú haciendo la jornada de siempre, y lo que sobre que se lo coman los mozos, y lo que estos no pudieren, los perros; pero guarda secreto acerca de si me vienen á mí ó no me vienen dineros de ninguna parte, que aquí de todo se sospecha, y querrian meterse en averiguaciones que es preciso evitar por la

honra de la madre de la niña, que es muy gran persona.

—En lo que ha hecho muy mal la tal señora, es en que venga contigo y con la niña una ama de cria tan hermosa, observó maliciosamente Gil Perez.

—¿Por qué dices eso? dijo Gabriel de Espinosa.

—Porque, ó hace mucho tiempo que el ama y tú con la niña no estais á la vista de esa señora, ó si hace poco, esa señora ha debido estar ciega, porque no ha visto lo que he visto yo.

—¿Y qué has visto tú, malicioso y hablador que eres? dijo Gabriel de Espinosa.

—He visto que María te mira que te come, y de tal modo, que se la conoce á legua que te quiere con las entrañas; y lo que es tú, no la miras á ella como mirarias á un gerpil de paja, sino como á una persona que mucho se estima.

—No es mia la culpa de que María, por el amor que su señora me tiene, haya caido en la tentacion de quererme; porque así son las mujeres; en viendo que una mujer hermosa y muy envidiada ama á un hombre, le toman aficion, y acaban por quererle tanto ó más que la otra.

—Pero tu tienes la culpa de lo que á la pobre María le pasa.

—¿Y qué le pasa á María?

—¿Qué le ha de pasar, sino que dentro de poco tiempo tendrá que criar otra criatura.

—¿Se la conoce á María que está en cinta? dijo poniéndose pálido y con sumo cuidado Gabriel de Espinosa.

—Por más que ella se encoje y disimula, y hace lo

que todas las mujeres hacen para que no se note lo que quieren ocultar, tengo yo muchos años y he conocido muchas mujeres, para que ellas puedan engañarme.

—Pues cállate, que no todos ven lo que tú, culebron; y aunque ello importa poco, la pobre María se avergonzaría, y bien merece por buena que no se la avergüence.

—¡Ah! Lo que es por eso, descuida, Gabriel, yo me callaré como si esto fuera cosa de la familia; como si María fuera mi hija.

—Ya sé, Gil, que de ti, á lo menos sabiéndolo tú, no puede venirme nada malo; basta con que mi madre fuera prima hermana tuya; pero bueno es avisarte.

—Descuida, Gabriel, descuida, que por mí nada se sabrá.

—Eso es lo que es menester; y adios, Gil, que tengo que salir de casa.

—Mira que hace un calor que achicharra.

—Tengo que salir por fuerza; me llama el padre fray Miguel de los Santos.

—¿Y qué te quiere fray Miguel? dijo Gil Lopez, que como viejo era muy curioso.

—Traigo de Roma una carta del Papa para la señora doña Ana de Austria.

—El diablo eres, Gabriel, y segun las cosas que te han pasado, debias estar rico como un genovés.

—Allá veremos, allá veremos lo que viene con el tiempo, mi buen Gil. Pero adios, que el tiempo se pasa y me están esperando.

—Anda con Dios, hijo, anda con Dios, y de prisa para que el sol te haga menos daño.

Gabriel de Espinosa atravesó el despacho de la pastelería que estaba completamente desierto, salió á la calle, y á buen paso se trasladó al convento de San Agustín, que estaba en uno de los extremos de la villa.

VII.

En el momento en que preguntó en la portería por fray Miguel de los Santos, un lego le llevó á la celda del religioso.

Era esta humildísima, y á primera vista revelaba la pobreza de fray Miguel.

Lo único que allí representaba algun valor, eran cuatro grandes estantes llenos de libros, encuadernados en pergamino, y guardados por puertas con alambreras.

El demás mueblaje se reducía á una mesa y algunos sillones de nogal, sobre un suelo de baldosas muy limpio y muy regado, para templar en algun tanto el calor, y algunos malos cuadros al óleo, representando santos, esparcidos por las paredes lisas y blanqueadas.

VIII.

Fray Miguel salió al encuentro de Gabriel de Espinosa, y le dijo:

—Por dichoso puedo contarme, señor, pues veo á vuestra majestad en mi humilde celda; contado será para mí este dia entre los más prósperos de mi vida, y desde hoy me parecerá mi celda un palacio, pues vuestra majestad la ha honrado una vez con su real persona.